

AGENDA CIUDADANA

LA POSTMODERNIDAD MEXICANA

Lorenzo Meyer

Una Hipótesis.- Aunque en campos fundamentales la modernización en México sigue siendo una aspiración –en el económico, por ejemplo--, es posible afirmar que en otros, particularmente en el político e histórico, nuestro país ya entró de lleno a la postmodernidad. En efecto, han quedado atrás los tiempos del “gran proyecto” o paradigma, de las certezas y de la confianza en un progreso colectivo e inevitable como resultado de las gestas heroicas: la independencia, las guerras contra invasores y reaccionarios en la Reforma, la Revolución Mexicana o incluso el Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos de 1994. Hoy, la colectividad mexicana no tiene ya las certidumbres que en otro tiempo le dibujaron sus élites, sino meras posibilidades, proyectos parciales y más bien modestos.

Lo Moderno.- Para entender la naturaleza de la postmodernidad, es necesario primero dejar en claro que se entiende por moderno. La discusión a fondo de esos conceptos puede desembocar en discusiones complicadas, pero también se pueden abordar con un sentido más ligero aunque no por eso irrelevante.

La idea de la modernidad esta íntimamente asociada a la historia de Europa Occidental y más concretamente a la del siglo XVIII y a los desarrollos subsecuentes en las áreas de la economía, la política y la cultura. En lo material o económico, está ligada a la industrialización, a la expansión del capitalismo y la consecuente creación del mercado mundial. En lo político, a la aparición y

consolidación de los estados nacionales, a la administración burocrática de lo público y lo privado, y tras el desarrollo de las revoluciones americana y francesa, al liberalismo, al individualismo y a la democracia burguesa, aunque las revoluciones totalitarias del siglo XX marcharon por el rumbo de la supremacía de lo estatal sobre lo individual. En lo cultural, la modernidad postuló la supremacía de la razón y del pensamiento científico, la secularización y la racionalidad instrumental. En resumen, la modernidad es la superación de la tradición a partir de la expansión de la energía intelectual y social liberada en Europa por el Renacimiento, la Ilustración y el primer desarrollo de la economía global capitalista. Este proceso pasó de Europa a Estados Unidos y luego al resto del mundo, y aunque el socialismo contradice al capitalismo y al liberalismo en puntos centrales, al final es también parte integral de la modernidad en la medida en que mantiene y lleva hasta sus últimas consecuencias la idea del progreso y del triunfo de la razón. El fascismo, aunque capitalista y no contrario a la ciencia, significó un gran tropiezo para la modernidad, pero finalmente fue derrotado y por ahora no es necesario entrar en más complicaciones.

Lo Postmoderno.- La idea de que la modernidad se agotó en el final del siglo XX y que la humanidad había entrado en una nueva etapa histórica, se planteó primero en el campo del arte y, sobre todo, de la arquitectura –el resurgimiento y combinación de viejos estilos, el retorno a lo concreto en vez de lo abstracto, etcétera--, pero de ahí saltó a la filosofía y finalmente a las ciencias sociales y a la historia. La postmodernidad es una forma de ver e interpretar al mundo donde la duda o indefinición del presente y el futuro tienen un lugar tan

importante, que le hace cualitativamente diferente de la que dominó en los tres siglos anteriores.

En más de un sentido, la postmodernidad está ligada al fracaso de las grandes ideas del Siglo de las Luces y que postularon la inevitabilidad del progreso. El optimismo de entonces aseguró que a través del uso de la razón, la ciencia y la tecnología, la humanidad accedería a un estadio de organización cualitativamente superior: se predijo el triunfo de la razón, la justicia y la dignidad humanas. Finalmente ni el capitalismo ni el socialismo cumplieron con sus propios postulados y ese fracaso (¿traición?) es la razón de la actitud postmoderna.

Desde una perspectiva muy general, el postmodernismo es, entre otras cosas, el rechazo de los “grandes modelos”, “grandes paradigmas” o “grandes ideologías” que nos heredó el optimismo de los padres fundadores de la modernidad –los enciclopedistas o Marx, por citar dos ejemplos conspicuos—, pero los resultados históricos no estuvieron a la altura de las promesas o francamente fueron lo contrario hasta llegar, en algunos casos, a lo monstruoso. La confianza en que el progreso era natural la compartieron tanto las grandes teorías de la izquierda como las de la derecha liberal y democrática. En contraste, en el postmodernismo ya no hay lugar para ese tipo de visiones y metas inevitables, y en vez de optimismo hay incertidumbre, teorizaciones intermedias, ad hoc, donde la coherencia es remplazada por el pastiche, y el conocimiento científico es tenido como indispensable pero ya no como suficiente y superior a las alternativas. Y “La Historia” –esa que suponía que al final todos los pueblos tenían que recorrer el mismo gran camino y arribar a la misma meta--, se ha

dividido en muchas historias particulares que no necesariamente conducen a un mismo lugar, pues finalmente no existe ninguna “mano invisible” ni objetivo o fin último del desarrollo humano, sino metas parciales, nunca inevitables, accidentes y lo desconocido.

Para algunos, el postmodernismo es una visión pesimista y por tanto conservadora, reaccionaria, pues desalienta la coherencia de los esfuerzos colectivos y rebaja de lugar a la ciencia y a la razón, las grandes impulsoras de las enormes transformaciones colectivas de los últimos siglos. Para otros, es sólo una combinación de realismo con humildad, pues significa aceptar que simplemente no sabemos cuales son los grandes determinantes de la evolución social, ni siquiera los de sus desarrollos parciales, y que esa actitud es una reacción no sólo contra las grandes monstruosidades del siglo XX --el Gulag o Auschwitz— sino también contra las hipocresías del tipo Fondo Monetario Internacional e instituciones similares, cuyas teorías, pretendiendo poseer una base científica y moral, en realidad sólo han servido para legitimar la destrucción de recursos, la indiferencia ante la marginación y la explotación en beneficio de los pocos a costa de los más (léase al respecto lo afirmado por el premio Nobel de economía 2001, Joseph E. Stiglitz).

México, el Primer Tramo del Camino.- Pero dejemos ya las consideraciones generales y volvamos los ojos a nosotros mismos. En términos políticos, las ideas centrales de la modernidad llegaron al Reino de la Nueva España en el siglo XVIII y alimentaron los proyectos y fantasías de una pequeña élite criolla de la que salió el impulso independentista. Fue esa modernidad la que enmarcó el programa posterior del grupo liberal, en particular de sus miembros más

radicales. Fue el suyo un gran proyecto que les dio la confianza para, finalmente, imponerse sobre sus adversarios. El propio triunfo de los modernizadores —la restauración de la república en 1867— fue interpretado como la confirmación empírica de que tenían la razón y de que su camino era el propio de la historia universal. El innegable desarrollo material de un país empobrecido pero de regular tamaño en los últimos decenios del siglo XIX y del primero del siglo XX, fue el asiento de la confianza de los liberales en sí mismos. El estallido de la Revolución Mexicana en 1910 fue una terrible sorpresa y decepción para los arquitectos de la modernización mexicana “a la Porfirio Díaz”, pero no para la siguiente oleada de modernizadores, la revolucionaria, que se consideró como la gran removedora de obstáculos y motor poderoso del cambio hacia lo moderno.

La Revolución.- Los nuevos modernizadores, los revolucionarios de 1910 y de la siguiente oleada, cambiaron varias cosas tenidas por los liberales como muy importantes —el sistema de propiedad de la tierra o del subsuelo o la idea que se tenía sobre los indios en el contexto de la integración nacional, por ejemplo-- pero mantuvieron la confianza esencial en el futuro y en la inevitabilidad del progreso.

El nuevo régimen que nació de la Revolución Mexicana se dijo heredero legítimo del optimismo del pasado, y a su confianza en el desarrollo del capitalismo mexicano, le añadió elementos de la confianza del socialismo --de ahí los “planes sexenales”, el ejido, el sindicalismo, los murales de Diego Rivera o la “educación socialista— y que mostraban el deseo de combinar en un sólo modelo las energías del capitalismo con las de un Estado que había incorporado a las masas para, finalmente, recuperar el tiempo mexicano perdido y construir una

nación a la altura de los tiempos y de su historia, interpretada esta última como un ascenso constante hacia la construcción de un régimen justo y que superara de una vez y para siempre los traumas e injusticias del pasado. Si México no era el gran país con el que habían soñado los independentistas o los hombres de la Reforma, se debía a que no se había sido suficientemente radical en la destrucción de los obstáculos coloniales al desarrollo por mezquindades de clase, de grupos o de accidentes de la historia.

La Revolución Mexicana, finalmente, tuvo como centro de su proyecto: a) la distribución de la tierra –tema vital en una sociedad agraria— para incorporar al desarrollo a la gran masa campesina, b) la organización de los trabajadores urbanos para darles la oportunidad de negociar en mejores términos con los capitalistas extranjeros y con la parte moderna de la burguesía mexicana, c) la expansión de la educación laica para dar al grueso de los mexicanos la posibilidad de incorporarse a la modernidad, y d) un nacionalismo que reintegrara a la nación el control sobre los recursos naturales y, más importante aún, que llevara finalmente a su etapa de madurez el sentido de una comunidad nacional que dejara atrás la fragmentación del pasado. A partir de 1940, la postrevolución habría de añadir a este programa algo que estaba aún mal dibujado en la etapa anterior: a) la industrialización basada en la protección del mercado local, y donde la burguesía y la gran empresa paraestatal tendrían el control de la economía, aceptando al capital extranjero como complementario y nada más y b) un gran sistema de seguridad social donde el IMSS, el ISSSTE e instituciones similares constituirían sus piedras fundamentales.

En teoría, la modernidad revolucionaria incluía el postulado maderista del sufragio efectivo y la no-reelección, como el gran marco político y moral de la auténtica modernidad, pues se trataba de crear una sociedad de ciudadanos y superar la de súbditos y castas, herencia premoderna muy profunda. Al final del siglo XX, en el último gran esfuerzo de la postrevolución, Carlos Salinas sustituyó la idea de la industrialización protegida por la globalización vía el TLC con Estados Unidos por ser este último la llave para ingresar al club de países modernos.

El Desencanto Postmoderno.- El liberalismo del siglo XIX falló y el precio de su fracaso fue la Revolución Mexicana. Esa revolución abrió de nuevo la gran promesa, pero al final sus transformaciones tampoco lograron que el país diera el gran salto a la modernidad política; lo que hubo fue un autoritarismo de partido de Estado donde la corrupción se institucionalizó, una sociedad donde entre el 40 y el 50% de la misma vive en condiciones de miseria y un sistema de seguridad social que se está desmoronando. Hoy México siguió casi tan lejos de ingresar al grupo de los países desarrollados, como lo estaba hace cincuenta o cien años.

Como conjunto nacional, los mexicanos acabamos de conseguir la democracia política, pero este cambio se explica tanto o más como resultado del fracaso del sistema postrevolucionario que de sus éxitos. De cara al siglo XXI, las élites mexicanas –políticas, económicas, culturales-- no tienen ningún gran proyecto que sustituya al de los liberales o al de los revolucionarios de 1910. No hay tampoco ningún gran experimento de cambio social positivo basado en la confianza de nuestro progreso como parte de la gran marcha de la humanidad en su conjunto hacia un estadio superior tanto en lo material y lo moral. Lo que hay

es algo mucho más modesto y sin ninguna seguridad ni de lo correcto del diseño ni de su éxito final, y ese proyecto modesto consiste en insertarnos lo mejor posible en el capitalismo global por la vía de la apertura del mercado, la privatización, la mejora del sistema de justicia, el TLC y la liga (¿subordinación?) a los Estados Unidos. En las frustradas pero grandes empresas totalizadoras de los dos siglos anteriores había un elemento utópico que hoy está ausente...y ese es justo el signo más evidente de nuestra postmodernidad.